

# Los Contemporáneos



BOLITA DE AÑIL

NOVELA MADRILEÑA, POR

**Fernando Mora**

Ayuntamiento de Madrid



Número extraordinario

**10 Cents.**



# PILO SUBLIMAR

El mejor remedio y el más fino perfume. Con su uso se evita y combate la Calvicie, la Tiña Pelada y las Canas. Venta: en Farmacias, Perfumerías y Droguerías.

Dirigid pedidos: A "Higiénica Española Colom" (S. A.)  
Consejo de Ciento, 336, pral. Teléfono: A. 5396.—BARCELONA



Esa faz, joven doncella,  
que tu encanto desfigura  
la tendrás muy fina y bella  
si usas crema PECA CURA.

Jabón, 1,40; Crema, 2,10; Polvos color moreno (siete matices), rosa o blanco, 2,20; Agua Cutánea, 5,50; Agua de Colonia, 3,25, 5, 8 y 14 petas., según frasco. PROBAD los jabones, PROBAD los polvos color moreno (siete matices), rosa blanco, serie "Ideal", perfumes: ROSA DE JERICÓ, Admirable, MATINAL, Rosa, GINESTA, Chipre, Rocío FLOR, Mimosa, VÉRTIGO, ACACIA, MUQUET, Clavel, VIOLETA, Jazmin, 3 pesetas pastilla; 4 pesetas caja. NINGUNO los supera, NINGUNO los iguala en perfume, clase ni presentación. Últimas creaciones de CORTÉS HERMANOS.—BARCELONA



## HIPOFOSFITOS: SALUD



DA VIDA Y  
VIGOR A  
LOS DÉBILES



29 AÑOS  
DE ÉXITO  
RECIENTE

Aviso: Con frecuencia y por mayor lucro en la venta se ofrecen similares. Fíjense si con tinta roja en la etiqueta exterior se lee "HIPOFOSFITOS SALUD".

Lean usted:

**Alrededor del Mundo**

25 céntimos

Ayuntamiento de Madrid



DIRECTOR: AUGUSTO MARTINEZ OLMEVILLA

## BOLITA DE AÑIL

(NOVELA MADRILEÑA)

*A mi querido amigo y simpático compañero Antonio López del Oro, con un abrazo.*

### EL DOLOR DE SER... LIBRE

Jugando estaba con otros compañeros en el más ancho patio del colegio de San Ildefonso, cuando el viejo celador Isidro Ramírez, alias "Un kilo de oratoria", le dijo calladamente:

—Que sea enhorabuena, Pepín; ya sé que mañana levantas el vuelo y que aterrizas en el domicilio de tu joven, bonita y sí que también trabajadora hermana.

Ojos de asombro puso el mozo al oírle.

—Pero... ¿qué dice usted? ¿No es broma? ¿De verdá que no s'ha levantao usía con ganas de chunga y quíe ensayarla conmigo...?

Después de mirarle y sonreírle, de

quitar la ceniza a su cigarro y encenderle luego, habló Ramírez, que era ex guardia municipal, cojo de la derecha, y vecino *dende* antes de nacer —el padrón lo declamaba siempre— del barrio llamado de Segovia.

—Mira, Pepillo—dijo—. ¡Te juro por esta cojera que me gané por meterme a salvar la vida de un grande de España al que se le desbocaron los caballos, y que pagó el servicio con cinco duros y una tarjeta tirá desde el pescante, que lo que te he indicao al respectivo de la marcha, es más verdá que Madrid es el sumun en tos los terrenos, que San Isidro es mi antecesor y paisano y...



—¡Pero... por qué me voy? ¿Es que me echan?—atajóle el mozo.

—Na de eso pasa.—Tu hermana, hija de Macario Ruiz, guardia de primera del Excelentísimo Ayuntamiento, con el número veinticuatro, que prestaba servicio en la Tenencia del Congreso, Cervantes diez y nueve, vino ayer de mañana, habló con el director, expúsole el deseo de tenerte a su lado, y como es, por carencia de padres, que el Todopoderoso tenga a su vera, la autoridad que te garantiza por haber pasao del realito en eso de la edad, pues de ahí el que te diga lo que te he dicho... Claro es—continuó el “orador”—que de esto, ni palabra; hasta tanto que no lo sepas por el jefe tú en ayunas, aunque al saberlo estés en los postres de la cena.

—Sin embargo, usted sabe algo que se calla.

—¿Yo? Ni el Catón, nene.

—Si lo sabe, diga.

—Que no sé na; y ahí te quedas, que tengo un quehacer en la oficina con la escoba y los zorros.

Salió el cojo patio adelante, y José, el colorado y grueso José, muchachote recio, de ojos claros y frente en torreón, miró al suelo pensativo.

—Y... ¿cómo no me habrá dicho nada Lucía cuando vino a verme? Esto parece así como una decisión tomó de pronto, ¿por qué? ¿a qué fin?

Deseaba escapar, no por hallarse a disgusto en el Colegio que el Ayuntamiento de Madrid sostiene, pues su sueño, como el de todos cuantos la ley, la miseria o el mal condenan a reclusión, era ser libre, huir lejos de los celadores y fincar de ciudadano, sin uniforme exterior, a ser posible; aunque muy embutido en la voluntad tuviera que llevarlo como cada “hijo de vecino”.

—¡No llevar uniforme! — se dijo triste.—Desde muy pequeño lo llevo, que me los hacían con los viejos de mi padre...; y como mi hermana iba al taller y mi madrecita estaba mal,

pues que con uniforme tenía que ir a comprar de todo, lo mismo el jabón, que el aceite, que los “livianos”...

Y así diciendo recordó Pepillo su niñez deslizada en la provinciana y silenciosa plaza del Blombo, y pensó, vio por mejor decir, la antigua iglesia de San Nicolás; la angosta calle de la Cruzada, donde unas gruesas vigas, semejantes a muletas, sostienen la vieja casa donde mal se administra la Provincia, y también la tabernucha, oculta como sujeto de peligro, en lo oscuro de la calle y más luego, el ruinoso edificio que un día será sepulcro de pobres inválidos que a pensar, no merecen de la patria, por la que dieran su sangre, cobijo más decente.

Y no sólo veía el mozo cuanto de niño visitara, sino que a sus oídos llegó con el recuerdo, las notas de la banda de Alabarderos, sus vecinos; el griterío de los vendedores que a la calle del Factor iban a por “La Correspondencia de España”, y también el timbre agudo de la campana del oculto templo en el que fué “monago”, por imposición de la casera, ya que sus padres eran los porteros, y ella vio en el rostro colorado del rapaz y en su cariñosa personilla, un futuro obispo.

Por entonces fué cuando la señá Evarista, la cacharrera, le puso el mote de “Bolita de añil”, que aún recordaban los suyos y el pobre señor Raimundo también y su hija Aurora, la novia de los años primeros y la deseada y soñada en los años mozos.

—Digan ustedes si no es talmente una bola—dijo la que tan jocosamente le bautizara—tan pequeño y gordito es, que si se cae rueda...; y lo del añil también se explica, que siempre viste de azul... por parte de padre, y tié los ojos azules y azules las manos y los carrillos, aunque esto sólo sea por la desteñidura de la ropa... Y si hacen falta más razones, ¿no es talmente azul por su carácter buenazo y su



buena pasta y la santa conformidad que tié pa to?

Y "Bolita de añil" se le dijo hasta que comenzó a crecer, desapareciendo el mote por lo que a la figura respecta, aunque no por la *tonalidad*, ya que si de niño le vistieron de azul, de azul volvieron a vestirle en el colegio del que ya iba a salir siendo un hombrecito.

Estas cosas que pensó, soñólas aquella noche, y uniendo al sueño la figura del Sr. Raimundo, terrible revolucionario que después de muy dolorosa enfermedad perdió la vista; la de su hermana, madre más bien, pues desde muy niño de él cuidó como si al mundo lo trajera, y, destacándose de todo y de todos, su Aurora, la de ojos verdes, cutis nevado, trenza rubia y aquellos sus andares menudos y airoso que él creyó copiados por los jilgueros del asilo que acudían raudos a comer las migajas que los estudiantes les reservaran.

A poco de despertar fué llamado Pepín a la Dirección donde le comunicaron la vieja noticia, y no había pasado ni una hora, cuando del brazo de su hermana cruzaba la calle de Segovia, y después la del Rollo entrando en la plaza del Biombo, tan silenciosa como cuando él naciera, con verdín entre el adoquinado y su aspecto claustral que invitaba a pisar y hablar bajito.

—¿Y cómo esta suelta tan inesperada, Lucía?

—Pues... verás tú—dijo la moza,—que ya cumples los diez y seis, que es hora de que empieces a procurarte la vida y a pensar en tu provecho, y sobre todo, que no quiero estar sola, que necesito de tu compañía...

—¿Y Aurora y su padre, no pasan a tu cuarto?

—¡Pobrecitos! ¡Ya no viven en la casa!

Aterrado clavó los ojos, aquellos azules y brillantes ojos que sirvieron a la cacharrera de motivo para un re-

moquete, en los castaños y grandes de su hermana.

—¡Desventurados!—volvió a exclamar aquélla.

—Pues... ¿cómo? —interrogó con miedo Pepín.

—Los pusieron en la calle, ¡qué dolor! El señor Raimundo, jurando con locura y con los ojos vacíos mirando a lo alto, abrazaba a Aurora, que ni aun zapatos tenía pa ir al taller.

—¿Y hay corazón que haga eso?

—El amo nuevo fué, que el ama vieja no les cobraba desde mucho antes de cegar del to; pero felizmente la caridad de los vecinos y unos durillos que yo guardaba pa mis cosas...

—¡Eres un ángel, hermana!

—¡Bah! ¿Qué mejor empleo? Pues como te decía, que aquello sirvió para una mudanza, el alquiler de un cuarto y la compra de alpiste; por cierto, que ya debe quedarles poco; el *treinta y uno* apura la colilla.

—¿Pero tan mal están...?

—Cálcúlate; ella de bordadora apenas si llega a la peseta diaria, y él, na...; con decirte que ni fumar puede...

De tan triste cosa fueron hablando hasta llegar a un cuartito que, encaramado en lo más alto de una antigua casa de las de ancho portalón, se asomaba a la calle por una ventana llena de tiestos y encaperuzada de teja roja, entre la cual unas piadosas golondrinas hacían nido.

—¿Es que no tienes ganas, Pepín?

—preguntó Lucía al que inmóvil dejaba enfriar su desayuno.

Por toda respuesta púsose en pie el mozo.

—Y... ¿dónde viven? —preguntó con voz queda.

—¿Pero es que vas a verlos ahora? Quédate un poco a mi lao, que ya irás después...

—No podría esperar, Lucía, dime, pues, el domicilio, y tan pronto como les deje me tienes aquí.

—Ya que lo quieres... Viven en la



calle de Segovia, en el 29 duplicao, piso cuarto, número 3.

No aguardó más "Bolita de añil", que descendió rápido por la ancha escalera de amarillos peldaños y pasamano lustroso y recio.

Desde la ventana, pero separando para ello las ramas de un clavel, miró Lucía cómo el "pequeño" escapaba por la rúa de Calderón de la Barca.

—Mientras él va a eso—pensó la rubia—yo... a lo mío.

Y tomando un mantón que colgó a sus hombros, y un cestillo que sujetaron sus dedos, la buena muchacha salió a la calle.

Por las del Sacramento y Conde, a desembocar en la plaza de la Cruz Verde, corrió José; calle de Segovia abajo iba, y el sudor de su frente fué enfriado por la humedad que subía del Manzanares.

Hizo parada en un establecimiento, y después de preguntar por dos veces, encontró la casa.

Hallábase ésta embutida entre dos de la rasante y una fábrica de camas, que al fondo, con su cobertizo embreado y a trechos carcomido, semejava una enorme, una colosal tortuga.

El ascenso fué penoso, y no ciertamente por fatiga o cansancio, sino porque el corazón de Pepe se angustiaba más a cada piso que subía.

Al fin llegó.

—Es el cuarto de la rinconada—dijo, y hasta su puerta fué, y hubiera en ella picado a no detenerle un gemido que del interior saliera.

La voz de Aurora, de timbre suave, más suavizado por las lágrimas, fué la primera que oyó.

La voz decía:

—¡No, padre; eso de ninguna de las maneras!

—Nos moriremos entonces, ¿te parece bien?

—¿Morir? No; yo no quiero morir-me, ni que te mueras tú tampoco.

La sangre se heló en las venas del

buen muchacho, que aguantando la respiración oía más bien.

—¡Retaco! ¡Retoiño! —decía con voz recia y grave el señor Raimundo.

—¡Que esto le pase a un hombre honrao! ¡No hay justicia ni leyes de caridad que amparen al vencido, y cuando uno no sirve, cuando se ha agotao de to como yo me agoté, a morirse de desesperación, de pena, de hambre...

Una ristra de juramentos lanzó el ciego, y cada vez más exasperado, dijo:

—¡Yo me mataría! ¿sabes? ¡Oh, si no fuera por ti!... Pero no, no puedo, no debo; descenderé, me humillaré y esta noche, ya todo es noche para mí... ¡retaco! pediré con mis manos de buen trabajador, la caridad de una limosna!

Bronco fué el gemido del desgraciado, pero debió serlo más el que brotara del pecho del muchacho por cuanto abrióse la puerta y Aurora, desolada, dijo:

—¡Padre, si es Pepín que llora!

Y el muchacho entró en la miserable vivienda, y abrazado al ciego gimió hasta ahogarse.

Y cosa rara, el privado de la vista fué el que entonces tuvo frases de consuelo y de resignación.

—Deshonra o cobardía podía llamarse si yo implorara estando joven y fuerte, ¿verdá, hijo mío?, pero así no. Claro que esto será poco tiempo: Aurorilla ganará más y yo aprenderé un oficio. La vida entonces no será tan dura como en este momento.

Y sonreía el hombre y los muchachos mirándole y mirándose cesaron de llorar, y por un momento, el pájaro azul de la esperanza cubrió con sus alas a los tristes, a los que iban a la vida llenos, pletóricos de luz y al vencido en la dura faena.

Pero la alegría fué fugaz; la linda obrera, el joven enamorado y aquel inválido del trabajo, que tras mucho luchar y mucho producir iba a pedir



limosna por las calles inhóspitas de un pueblo cristiano, sintieron el peso ahogador de la tristeza.

Raimundo, dándose cuenta de la situación, siguió charlando; Lucía forzó un reír.

Rápido y a petición del hombre, contó Pepe el cómo y el por qué de su salida del colegio, y algo de los planes que su hermana tenía respecto de la utilización de su persona.

Después hubo un gran silencio.

Pepe miró a Aurora, que amorosa le miraba, y al señor Raimundo, que, mentalmente, iba ensayando un plan para enternecer los corazones transeuntes.

—¡Si a lo menos tocase una guitarra, la limosna sería pago de un trabajo, pero pedir y ná más que pedir...!

—¡Padre!—clamó Aurora besando su frente.

—Un poco de resignación—aconsejó el novio — que toos haremos por usted algo de lo mucho que se merece...

Por una mano recia fué estrechada la fina de quien así hablaba. Díjose luego de cosas menos tristes, y al oír doce campanadas de un ignorado reloj, que con el cantar de una mujer y el lloro de un niño entraron al miserable albergue, levantóse el muchacho.

—Luego volveré — dijo, y sacando de uno de sus bolsos un pequeño paquete lo entregó al señor Raimundo.

—¿Cómo? ¿qué me das?—preguntó el ciego palpándolo.—¡Si es tabaco!

Una sonrisa salió a la boca del sin ventura; una lágrima a los ojos de su Aurorita, y a los de Pepe un caudal

que fué disminuyendo a medida que huía escaleras abajo.

Apesadumbrado caminó.

Igual dirección que trajo volvió a llevar, y en tanto hollaba el duro y desigual suelo de la Villa, pensó, el pobrín, en la alegría del colegio, en el instante de gozo que "Un kilo de oratoria" le fué a dar con la noticia de su liberación, y en la tristeza que ahora sentía.

Así fué hasta su plaza, oyendo, cuando a ella entró, la risa alegre, gorjeadora y feliz de una mujer:

—¿Quien ríe, ¿no es mi hermana?

El contraste le hizo daño, pero más daño sufrió al ver que ella era, y que el gozoso reír lo debía a un guapo mozo que a su lado y junto al portal la miraba.

Lucía dióse cuenta de la situación, y en el momento mismo de disponerse a explicar a Pepín por qué y para quién se reía, éste cruzó rápido y ganó con aceleración la ancha escalera de amarillos peldaños.

Un silencio grande venció al reír alegre.

—Es mi hermanito—dijo luego la hembra.

—Pues no es súbito ni nada el niño. ¿Es que asusto para así huir?

Y aunque la risa de él fué sonora y franca, antojósele a la moza de mucho insulto.

En tanto, Pepe, recostado en la puerta de su cuarto decíase tristón.

—¿Y pa esto me han dao la libertad? ¡Pues... no merecía la pena! ¡Sólo dolores he sufrido!

Y comenzó a llorar.



## LO QUE ES UN «BOTONES DE CASINO»

—No hay para qué asustarse, pollo díjole Fernando—Luci y yo nos queremos por las buenas y dentro de poco, yo y tú, fraternos políticos.

En efecto, el que así hablaba, un buen mozo peluquero en el “Círculo Madrileño”, quería a Lucía sana y noblemente, cosa de que se convenció Pepillo a poco de tratarle y de ser favorecido, por su influencia en la casa donde servía, con una plaza de *botones* que aun siendo como es oficio de criadito, por lo que ella rinde, deseada y ambicionada es por gente que no ve en su desempeño más que el fin práctico de “sacar” mucho.

Desde la mañana amarguísima que queda relatada en otro capítulo, la vida de todos había cambiado.

El señor Raimundo, pasado el dolor de implorar por vez primera, iba ya encontrando naturalísima y aun obligatoria la contribución pagada por los que no sufrieron la amargura “de haber visto y no ver”; Aurorita, un copo de nieve coronado de oro, ganaba los cinco realitos y Pepe, más “bolita de añil” que nunca, pues vistió un tercer uniforme azul, sacaba seis y ocho pesetas de propina.

Pero... ¿encontrábase a gusto el muchacho con su bajo empleo?

Por tal cosa, sí, pero no por los menesteres a que le sujetaba.

—¿Y para esto nace un hombre?—decía.—Que cartitas de amor que traer; que golfas que buscar; que joyas que ir llevando a los prestamistas para perderlas luego en la “sala del crimen”...

—Yo creo—dijo a un su compañero que llamaban “el Marquesito” y era el mimado de los socios por sus extensos conocimientos en mujeres guapas; casas de préstamos más espléndidamente tasadoras y otros asuntos de tan lamentable moralidad,—creo y lo digo que este oficio es malo.

—¿Malo, y se gana sin sudar gran cosa?

—Pues por eso; aquí nos hacemos vagos; no aprendemos de nada; y lo que es peor, vivimos entre dinero, derroche y lujo, que a fin de cuentas puede perdernos...

No siguió el diálogo, que Pepe tuvo que salir a la calle con una carta urgentísima, nada menos que para una corista de Martín, flaca como un mondadientes y más desvergonzada que un galgo salaz.

A la vuelta del corral, que algunos llaman coliseo, bajó “Bolita” por la calle de la Montera a fin de saludar al señor Raimundo, que a la puerta de la Iglesia de San Luis pedía limosna, gracias a la influencia de una piadosa e inocente dama de las que aún creen en la fe de ciertos vividores que rezan a cambio de bonos de pan, y comulgan por una camisola de algodón o una sábana de retor moreno.

—¿Qué quieres, hijo de mi alma?—dijo el ciego justificándose.—En la calle no cogía ni pa los gabrieles y desde que me he amoldao a esto, saco el jornalito. ¿Ideas? ¿pa qué me sirven ya? Claro es que en mi interior soy de los de Lerroux, pero pa el uso de las gentes, no paso de ser un pobre



hombre que con nadie se mete ni a nadie falta y hace la vista gorda a to...; y no se lo digas a ninguno, Pepillo; pero esta gente que cree, aunque me chamusque el decirlo, es más caritativa, más fina y mucho más delicá que los de mi cuerda...

De mañana,—él entraba a la linpieza a igual hora que ella al taller—iba Pepe en busca de su novia y a tiempo que cortejaban, conducían al padre hasta el “puesto de pedir”, y era en verdad un grupo extraño el que formaban el señor Raimundo y los chicos, pues a veces, tan embebidos iban éstos en su queda charla, que era el ciego quien los conducía.

La alegría de los jóvenes pasaba otras veces a los labios del desgraciado, y oían los transeúntes, un tanto sorprendidos, risas y frases de contento.

Pepe, que amaba mucho a Aurora, pero que sentía por el señor Raimundo un afecto grande y una lástima pareja del afecto, sorprendióse un día, siguiente al de estrenar la moza un vestidillo, de que aquélla le dijera:

—Desde hoy no vamos con padre por el centro; vamos a ir por las calles del Cordón, luego por tu calle y después por otras hasta el Monte de Piedad y para fin, las de Tetuán, San Alberto, Montera...

Nada dijo el mozo, pero la elocuencia de una mirada desconcertó a la niña.

—Si no quieres...—dijo rápida—Yo lo decía porque ...—titubeó antes de mentir—porque el camino es más largo y así... hablamos más...

—Y porque te da vergüenza, ¿no?

—¿De ti? — preguntó mirándole al azulado uniforme.

—Eso sería feo, pero más feo sería... de tu padre.

La mirada fué dura, la frase enérgica.

Pepe, arrepentido de su gesto, fué a consolarla, y otra vez en la vida del amor, la mentira fué soberana.

—¿Que tú pienses de mí eso?—gimió la mentirosa.

Y... desde aquel día el itinerario del pobre ciego fué más largo.

Un día, extraña coincidencia, “el Marquesito”, que era moreno, negro de ojos, con alguna alhaja y que vivía... en Pardiñas, encontróse con el “terceto” en la plaza de Isabel II. Hubo con tal motivo la presentación consiguiente y los comentarios de rigor.

—¿Pero es que te has mudao...?—preguntó inocentemente “Bolita de añil”.

—Sí—respondió el otro sin pestañear, pero mintiendo como un comediante—me he mudao a este barrio—dijo, mirando a Aurora — porque es más bonito, tiene más alegría y sobre todo porque así estaremos de vecinos, ¿te disgusta eso?

Pepín, bondad “azul”, que dijo la cacharrera, alegróse de que “el Marquesito”, o Julián, que tal nombre tenía, hablase como hablaba, y Aurora alegróse también, aunque no lo demostró, de que su novio tuviera por compañero a un joven tan fino, tan agradable y... sin uniforme.

—Yo—dijo aclarando una duda de la muchacha—lo llevo durante el servicio nada más.

—Igual debías de hacer tú, Pepe.

—Ya lo pienso; el mes que viene quizás que me haga un traje.

—Si lo haces por dinero...—insinuó fanfarrón el otro.

—No—dijo con sequedad Pepe al notarse humillado.

—Ya sabes que entre amigos...

No hubo respuesta y sí un sonoro reír de Aurora viendo a un borracho que se empeñaba en convencer a un farol de la desigualdad social.

Aquel incidente fué bastante a que Pepín olvidase lo ocurrido; Julián mostrara la parte simpática de su ser y la moza pudiera comparar, con grave daño para “Bolita”; brillo de ojos, brillo de decires y brillo de sortijas.



El ciego, más atento a sí que al diálogo de los jovencuelos, dejaba su gesto, ceñudo de ordinario, para sonreír cuando reír oía, como si no quisiera desentonar.

Llegados a la calle de la Montera, Aurora dejó a su padre al pie de la escalerilla que conduce al templo y los muchachos bajaron hasta la Puerta del Sol.

Camino del Círculo encontráronse con Fernando, que, cariñoso, puso una mano sobre el hombro de Pepe.

—De “festar” ¿eh? — preguntóle recordando un dicho valenciano.

Coloradillo se puso el mozo.

—No te acerques por eso, que quererse no es pecado si es noble y decente el querer.

—Así quiere mi persona — gritó casi.

—Pues a ello. La chica es buena...

—¡Un bocao de órdago! — rió Julián.

Con acelerado centelleo miró Pepe al hablador.

—¿Es que no te ha merecido otra palabra mi novia? — dijo.

—Hombre; yo...

—No es que me importe tu parecer, pero decir de las mujeres decentes lo que se suele de un pedazo de jamón, pongo por caso, será muy de hombres corridos, pero más parece de perros hambrientos.

La reprimenda fué tan de improviso que acobardado “el Marquesito” cerró la boca no sin una crispación de dientes que supo cubrir con una sonrisa.

Un largo trecho caminaron los compañeros sin cruzar palabra; pero Fernando, que era alegre y sano de espíritu, intervino conciliador:

—¿Pero es que os vais a incomodar por una palabra más o menos? Las frases no tienen valor si no es la intención con que se dicen; y ni éste — y señaló a Julián — l’ha vertío dañamente, ni tú, Pepín, puedes tomarlo por donde quema... ¡Estaría bueno

que por la expresión de unas letras se pusieran pinchos a una buena armonía...! Y no digo más, y esto se acabó, pero que antes de llegar al punto de coches...

Eso bastó para que Pepe se mostrara cariñoso.

Julián, fingiéndose efusivo, sonrió.

—¿Qué se habrá creído éste, que a mí se me pisa sin salir manchao? Ella es guapa... ¡pero no es su mujer!... ¿Entonces?...

Y por su cerebro cruzó una canalla idea.

Llegaron al Círculo y, en pleno trajín, se alejaron uno del otro.

Era Carnaval y el día fué de mucho trabajo. Sus compañeros los ciclistas Ignacio “el Somier” que así le llamaban por lo tranquilo y cómodo y Lucio “el Carretilla” todo lo contrario que Ignacio, dieron al pedal de firme llevando cartas y trayendo cartas.

A la caída de la tarde el primero se quejaba de cansancio y el segundo, bastante delicadillo, tuvo que retirarse a su casa.

—Buena nos espera, Julián — dijo Pepe. — Al trote tendremos que ir.

—Si hay pasta en abundancia todo puede arreglarse.

Después de tan rápido cambio de impresiones no pudieron volverse a ver en toda la tarde, pues de calle en calle y de tranvía en tranvía anduvieron los muchachos hasta muy de noche.

—Cansado estoy — dijose “Bolita” — pero el día de hoy ha sido de los buenos.

Y al decirlo recontaba las pesetas, once en junto, que había ganado. Iba por tercera vez a hacer arqueo, cuando un señor de edad le llamó a un rincón de la sala de visitas.

—Toma este duro — le dijo — y vete con esta carta a la calle de la Abada, 31, tienda.

—¿Y la dejo?

—No. Te paras en la acera mirando al escaparate, ¿que un hombre de bar-



ba está en el mostrador? Nada; no haces nada; te paseas hasta que sea una mujer la que despache...

—¿Y luego...?

—Luego ella, al verte, saldrá.

—Y se la doy.

—Naturalmente; pero no la tomes propina.

—¿Nada más?

—Nada más. Anda.

Un momento quedó pensativo el mozo; después, encogiéndose de hombros, salió a la calle.

—Esto es una cochinateda de ese viejo sucio, pero ¿a mí qué?

Y llevando el duro que le entregara entre sus gruesos dedos, fué por la calle de Jardines para desembocar en la de la Montera.

Frente por frente y a la puerta de la Iglesia estaba el señor Raimundo hablando con otro ciego dispuesto ya a abandonar el sitio.

Los dos pobres hablaron:

—¿Qué tal se le ha dao a usted?— preguntó el desconocido.

—Mal—respondió el preguntado,— la gente s'ha gastao en confeti nuestras limosnas, compañero.

—Pues que hasta la Puerta del Sol gane usted algo de lo perdío.

—Y que usted recoja algo de lo que no ha llegao.

—Adiós, entonces.

—Abur, compañero.

Y el ciego se fué y el señor Raimundo gimíó humildemente:

—¡Una limosna, por el amor de Dios! ¡que no lo puedo ganar...!

Y de puntillas llegóse "Bolita de añil" hasta la mano callosa que extendíase firme y quieta, y dejó en ella el disco de plata que le diera el viejo del Casino.

De la boca del hombre salieron unas rotas palabras de agradecimiento.

Pepín fué entonces menos preocupado a hacer el pecaminoso encargo.

—Una mala acción ha servido para una buena obra—díjose el mozo.

Y contento corrió calle abajo.

## POR MAL CAMINO

Primero con el pretexto de que se hacía tarde, luego con el de tener que ir en compañía de una oficiala vecina, dejó de ser conducido el señor Raimundo hasta San Luis por su hija, y de ello se encargó la chica de la portera, una mocosuela como de doce años.

Tal decisión disgustó a Pepe, que por discutirlo con Aurora tuvo que oír de sus lindos labios no muy lindas contestaciones.

—Si te empeñas—díjole descarada—te diré que sí, que no me parece

bien ir de vestío hasta donde él pide limosna...

—¡Tienes tantos humos como poco corazón, nena!

—¡Pepe!

—Cuando la pedía pa darte de comer, todo estaba como las rosas, y ahora, que lo lleve una cualquiera.

Dos o tres veces que de esto hablaron hubo disgusto gordo, y el mayor lo fué cuando ella, soberbia, replicó agresiva:

—¿Sabes una cosa, rico?, que no tengo por qué darte cuentas de na...;



y que lo que no conviene..., en su lugar descanso.

Calló el mozo, que, aun advirtiendo iba apagándose la pasión que sintiera por aquella mujer, amábala lo suficiente aún para "tarifar" por completo.

Por entonces fué admitida Aurora en un taller de la plaza de Santa Ana, donde bordaba ternos toreriles, y eran el oro y la lentejuela los materiales de más empleo.

De humilde, tornóse en soberbia; de sencilla, en afectada, y hasta en sus pobres vestidos notáronse variaciones poco en armonía con su condición.

Su conversar dejó de ser inocente y efusivo para tornarse en receloso y aun en picaresco.

Sin venir a cuento decía cosas como ésta:

—Estamos bordando una chaquetilla para Belmonte—¡oh!, más de 1.000 pesetas vale.

Un domingo excusóse de pasear:

—Voy con mi maestra a los toros—dijo—; nos ha mandao *Celiia* gradass pa to el taller.

Timidamente se atrevió a replicar el muchacho, y entonces ella contestó:

—¿Es que queréis que desprecie a los que me dan lo que me gano? No eres tú exigente ni na; ¿qué sería si por casualidad fuese tu adorada costilla? ¡La santa inquisición por lo menos!...

Y reía coquetona, levantando el rostro graciosamente para lucir una garganta lechosa de tonalidades rosadas.

Calma tuvo el muchacho por mucho tiempo; pero un día la calma se hizo ira, y fué cuando escuchó de labios de ella algo que casi le hizo llorar.

—Lo siento al decírtelo, pero desde esta noche, si traes el uniforme del Círculo, no me esperes en la Plaza... Una oficiala que te conoce, ha dicho en el taller el mote que tienes y me han tomao el pelo, y eso...

—¿Eso, qué?

—¿Que, qué? Pues que me carga

oir ciertas cosas y que no me esperes ¡ea!...

—¿Y me lo dices así?—rugió Pepe.

—¿Pues cómo quieres que te lo diga?

El descaro que puso en la pregunta colmó la medida, y el muchacho violentamente, tomándola por un brazo, gritó:

—¡Lo que tú eres es una mala hembra! ¿sabes? ¡Despreciaste a tu padre, me desprecias a mí que te quiero más que al sol, y tó ¿por qué? por cuatro cochinos brillos que t'han llenao los ojazos de mentira...

—A mí tú no me dices eso—replicó altanera.

—¡Eso y más, loca! Y si fuese yo un chulo como tú eres una chula, te lo decía con el acompañamiento de un tortazo.

—A mí.

—A ti, ¿qué?

—Que me dejes en paz, y... hasta nunca.

—Antes escucha, ya que me he salido de madre.

Y el mozo la castigó con duras palabras, con sangrientas profecías, con desdenes que la hicieron llorar, no de arrepentimiento, sí de coraje.

—¿Has acabao?—preguntóle agresiva.—Pues oye ahora... Mi respuesta es que cada cual vaya por su camino. ¡Adiós!

Quiso el muchacho ir tras ella, pero no le dejaron los pies, que parecían haber echado raíces.

El día que pasó "Bolita de añil" fué terrible. Mil encontrados sentimientos agitaron su corazón y llenaron su cerebro.

—Yo he debido no hacer caso de lo que me decía—pensó.—¿Quién la va a aconsejar ahora? Las amiguitas pueden serle fatales. ¿Por qué caminos la llevarán? ¡Los toreros! ¡Los miles de pesetas!...—y como un relámpago que le cegara a tiempo de alumbrarle, se preguntó: —¿Tendrá novio, y por eso...?



Hasta la noche, que decidido a participar sus pensamientos a alguien que bien le quisiera ¡cuánto sufrió el pobre!

Sin saber cómo, conducido por su dolor y angustia, fué hasta donde el señor Raimundo imploraba, pero...

—¿Debo yo amargar su situación?

Y decidido a callar, se unió a él y bajaron del brazo por la calle de la Montera.

Contento iba el ciego y satisfecho y sonriente.

—¿Es que s'ha dao bien, señor Raimundo?

Serio le contestó:

—No se ha dao mal, pero hay algo que vale más que eso y es mi secreto...

—Entonces...

—A ti te lo contaré, que eres bueno y callao. Como ahora la chica, por cosas del oficio, anda mal pa acompañarme...

Con tristeza sonrió Pepe.

—Pues que me tomo un coci en la taberna cercana a un taller de sillero de un antiguo correligionario que vive en la calle de las Tres Cruces y ¡alégrate! desde la una o cosa así que acabo hasta las cinco que vuelvo a "mangar", pues que estoy dale que le das a los asientos de rejilla, y tanta fe he puesto por aprender, que desde la semana que entra ya no seré *méndigo*, y seré trabajador como cuando guipaba.

—¡Qué alegría!—exclamó Pepe, olvidándolo todo.

—Ahora—dijo el impedido—no será gran cosa lo que gane, pero que puedo llegar a mis cuatro pesetas antes de tres meses, me lo garantiza mi maestro y correligionario.

Más de las nueve eran cuando ciego y lazarillo llegaron a la casa de la calle de Segovia; aquél subió despacio la pinta escalera, y el muchacho, cada vez más triste, por la escalerilla que conduce al Pretil de los Consejos.

Por su mitad iba cuando en lo alto vió a una pareja de novios que bajaba.

¿Fué grito? ¿Llamada? ¿Exclamación?

Ni él mismo supo lo que ello fuera, sólo advirtió que al reconocer en la mujer a Aurora, nombróla en voz alta, y que en la oscuridad perdióse su acompañante.

—¿Quién iba a tu lao? Di, ¿quién era? Dí...

Un instante tembló la moza, pero reponiéndose dijo:

—¿Y a ti qué?

—¡Eres muy mala; muy mala!—rugió el muchacho.

—¿Y a ti qué?—volvió a decir la hembra.

—¡Te perderás!... ¡Rodarás!

Entonces su boca escupió una infamia, que fué mayor por ser reída.

—¡Eso, dílo en tu casa! ¡Allí pue que te encuentres, si vas pronto, con el tobogán del amor!

Para no caer tuvo Pepín que apoyarse en un árbol y cerrar los ojos; cuando los volvió a abrir, Aurora había huído.

A su pie, la calle de Segovia era un río de gente, de tranvías y de carromatos; sobre su cabeza, el esqueleto del Viaducto, tela de araña de férreo encaje, lucía las lenguas de oro de sus faroles, semejantes a estrellitas manchadas de sangre.

—Esa... mala, ha dicho mal de mi Lucía, pero... ¿Será despecho? ¿Envidia?

Caminó el mozo, y a cada paso que le acercaba a su limpio hogar, un recelo que después fué duda, llenó su espíritu.

Sin embargo, tuvo valor, y llegando hasta la puerta del cuarto llamó violento.

—¡Va!—dijo la voz de su hermana. Luego entró acelerado.

Sobre la mesa camilla amontonábanse unas monedas de plata. Papeles escritos blanqueaban cerca de ellas, y Fernando, descubierto y sonreidor, manipulaba en todo.

Una mirada agresiva brilló en los



ojos de Pepe, y a sus labios vino una pregunta intemperante.

—¿De quién es ese dinero?

Los novios miráronse sin responder.

—Si es tuyo—dijo al hombre,—te lo puedes llevar, aquí sólo necesitamos decencia...

Tan brutal fué lo dicho, que el barbero se puso en pie.

—No quiero saber la intención con que hablas—dijo—ni el veneno que traes; pero sí he de decirte que aquí hay decencia siempre, y más estando yo.

—¿Cómo?

—Sí, más—replicó el insultado,—porque siendo dos los que aquí vivís más tiene que haber si entra otro que sea, como yo soy, decente y digno.

Como bajara la cabeza el muchacho, continuó Fernando:

—Ese dinero, para que lo sepas, son los ahorros; las pajitas del nido... ¿sabes?; y no es mío ni de ella, es de los tres...; y para que te convenzas de la verdá mira esa apuntación, y luego hablas, si es que pués hacerlo.

Tímido miró Pepín lo escrito.

—Lee, para que te oigamos.

Y tartamudo, hizo lo que le ordenara aquel hombre.

—Sábanas, seis; camisas, dos docenas; dos colchas; tres mudas; un traje para... Pepe...; unas botas para... Pepe...

Al suelo fué el papel, y a los brazos de Lucía, que lloraba con desconsuelo, los brazos de "Bolita de afil", que, nervioso, gemía suspirador.

## GENTE BIEN VESTIDA

Era el "Círculo" una soberbia construcción de las llamadas monumentales, que entre una iglesia y un Banco extranjero gritaba la alegría de su fachada, adornada de azulejos sevillanos pletóricos de frutos y flores que servían, digámoslo así, de marco a muchos escudos con muchos osos y muchos madroños.

Por el empaque de los criados que a la puerta estaban, alguien imaginaría que tras los gruesos muros oficiaba la seriedad en maridaje con la recitud; pero a poco que el observador estudiase decires y fisonomías, convenceríase de que el Círculo Madrileño era uno de los tantos sepulcros blanqueados que pueblan el mundo.

Entrad, lectores, y veréis conmigo...

Un gran salón, el mejor de la casa,

con mesas del treinta y cuarenta; monte, ruleta, caballitos...; otro salón contiguo para juego también, pero de los no condenados, con muchas mesitas vestidas de verde, sobre las que hombres de todas las edades inclinaban las testas, como cualquier rumiante en un jugoso prado.

En otro salón con profundos espejos, grandes y muelles divanes retenían con cadenas de pereza a muchos hombres, que gritaban y gritaban sin entenderse nunca.

Otras habitaciones, lujosas, eran los escritorios, la sala de visita, la secretaría...; y al fondo, en lo último de la casa, dando a un patio lóbrego y húmedo, un gabinetito, calificarlo de otro modo sería exageración, vacío de gente y con dos o tres centenares



de libros en cuatro armarios de roble sin tallar.

Esto era lo visible, que en los sótanos, varios cuartos de baño aguardaban la visita de algún que otro socio, y muy en lo oculto, rincón sólo conocido por aquellos que pagan bien y no se duelen al pagar, unos cuartitos que para orgías de gente seria estaban destinados.

¿Que así son casi todos los Casinos, centros, Circulos o peñas del mundo? El autor lo sabe; pero quiere el autor decirlo para que así se conozca el escenario donde "Bolita de añil" actuaba como "botones".

¿Gente que vivía cerca de él?

Tan variada como pintoresca: un portero, a creer a algunos licenciado en Santofía, y que por serlo, a cuidar la puerta se le dedicaba; dos jefes de coches capaces de todo, porque el Circulo no tuviera ningún escándalo que lamentar, y dentro, un batallón de ordenanzas y camareros y una escuadrilla de elegantes "puntos", que de haber nacido ochenta años antes, en las carreteras españolas hubieran actuado a las órdenes de un don Juan Caballero o un don Diego Corrientes.

Pues bien; a pesar de todo, el Circulo era tenido por elegante; lo de decente se supone, ya que lo presidía uno de los nobles más nobles de la rancia nobleza castellana.

Pepe era, pues, servidor de una Sociedad bien tasada por el mundo todo, policía inclusive; y, sin embargo, Pepe no se encontraba a gusto en aquella casa. Si de *cuidado* era la Sociedad, lo que es sus servidores... Uno, "el Somiers", hermano era de una cupletista, que a su vez era hija de una florera y ésta hermana de una *entretenida*, gracias a cuya influencia fué admitido el muchacho en la aristocrática comunidad; "el Marquesito", que por cierto rehuía hallarse cara a cara con "Bolita", era "botones" merced a la recomendación de un concejal, tesorero del Circulo, que hacía negocios

con un tío suyo, contratista de adosquines y de pan para los Asilos.

También pululaban por allí unos sujetos que nada hacían, sino seguir como si perros fueran a ciertos socios de cartel.

—¿Y esos qué son?—preguntó un día Pepe a "el Carretilla",—¿son "polis" acaso?

Rió el preguntado.

—No, hombre, no; son los "valientes".

Y hasta que Lucio no aclaró el adjetivo diciendo que eran "los que guardaban" la espalda a aquellos señores, temerosos de una agresión, vaya el diablo a saber por qué, no cerró la boca.

—Es lo más "florio" de los presidios—dijo.

—¿Y entran aquí?

Lo que "Carretilla" contestara no pudo oírse, pues con borbotones de risa salió de la boca.

Por el ambiente que cada vez sentía más asfixiante es por lo que Pepillo deseaba escapar, y más lo deseó cuando le dijeron que allí, junto a él, había un muchacho, que sabedor de su ruptura con Aurora la iba a los alcances con promesas de amor y deslumbre de regalos.

Y sin embargo de saberlo, calló. En otros momentos quizás hubiera buscado al "Marquesito", que no era otro su contrincante, y a cachetes hubieran solucionado el pleito; pero hoy, no; Aurora, con sus chulerías, con el afán de lucir y un ansia peligrosa de brillar, fué huyendo de su corazón, aunque no de su cerebro, pues la recordaba más para compadecerla que para sentir su desvío.

Pero una tarde...

—Hay que llevar esta carta a la Ciudad Lineal—dijo "el Marquesito".—Tu, Pepe, largo con ella...

Pepe, claro, cogió el sobre, y ya se disponía a salir, cuando Lucio le dijo:

—¡Bien que t'ha tomæ el pelo! Te



manda lejos, para que no le estorbes en su combina... con Aurora.

Con la mirada interrogó el muchacho.

—Pues casi na—dijo el compañero, —que dentro de poco vendrá ella por la de Peligros, que se irán por la de Gracia y a Apolo a reirse de lo que tenga gracia, y de ti, que maldito si la tienes.

—¿No mientes tú?

—Por mis muertos que eso es la *fetel*.

Titubeó Pepe; pero de pronto, volviendo sobre sus pasos, extendió con la mano izquierda el sobre que antes tomara, y cuando Julián, un poco asombrado, lo recogía, oyóse una tan sonora bofetada, que “el Marquesito” fué a caer sobre un banco de junto al muro.

La escena fué relámpago.

—¡Señores—dijo Pepe puesto a la defensiva;—he pegao a este granuja, por traidor... por cobarde...!

—¡Canalla!—rugió el caído.

—Canalla tú, que para quitarme la novia y perderla, porque la perderás, te has disfrazado de amigo.

—¡El corazón te voy a sacar a pedazos!—gritó de nuevo Julián.

—Pa eso hace falta que lo tengas tú, y lo que tienes es un ratón miedoso.

Intentó Julián lanzarse sobre su castigador, pero éste de otro manotazo le contuvo.

Y no pasó más.

Pepe, tras despedirse de sus compañeros, salió a la calle un poco entristecido y un poco arrepentido también.

—¡No merecía la pena!—se dijo. —Son... tal para cual.

Paróse en la ancha acera como para orientarse, y luego, con firme andar fué a la calle de la Aduana, abrió la puerta de una imprenta que a la entrada había, y saludando con respeto preguntó sonriente:

—¿Necesitan ustedes un aprendiz adelantao...?

## ¡MUERA LA ORATORIA!

Tan preocupado caminaba Pepín y tan aprisa, que ni vió ni oyó a Ramírez, “Un kilo de oratoria”, que a grandes voces, moviendo sus manos como aspas de molino, reclamaba su atención desde la puerta de una taberna frontera al Mercado de San Miguel.

—¡Eh, tú...! ¡Pepe...!

Y el muchacho, dejando que sus pensamientos huyeran en loca desbandada, atendió al hombre aquel que en

el Colegio de San Ildefonso tuvo como celador muchos años.

—¡Camará!—dijo.—¡Creí que te habías vuelto sordo!...

Dejóse abrazar el muchacho, que un poco removido separó la cabeza lejos de la ajena boca, depósito ya de más vino del conveniente, y fingió alegrarse.

—¿Cómo usted por aquí y a estas horas? ¿Tiene usted permiso del director?



Rió el cojo ex municipal, escupió luego al suelo con un gesto de supremo desdén y tomó la palabra. Pepe, que sabía la razón del mote que sufría aquel buen ciudadano, pero intolerable charlatán, buscó sostén en la portada del "tabernáculo", pues a su interior no quiso ir.

—¿Has dicho permiso? Dende hace ocho días y seis horas, pues son las ocho y el fregao tuvo lugar a las dos de la tarde, soy el emperador de mí mismo; el rey de mi persona; el presidente de mi voluntad ciudadana, consciente y unilateral... ¿Eh? El jueves pasao salí de aquella casa, que fué mi cobijo durante muchos años...

Preguntó Pepe la causa del desastre, y Ramírez, no sabremos decir si por costumbre o por sostenerse, plantóse en la postura militar de firme, y habló:

—El director, que como cerebro que organiza es un genio, yo doy a ca uno lo suyo, tiene una falta grave, y es la carencia absoluta de oratoria. Le dices que te diga el Padrenuestro de seguío, y te entremezcla oraciones y discursos sagraos, que pa eso es de la vela nozturna. Cuando coge carretilla, ¿tú no t'has fijao?, paece un milano loco. ¿Y de equivocarse? Una vez, por decir "corazón" dijo "tapón"; y queriendo expresar disgusto por la falta de limpieza de una clase, gritó al que limpiaba: "esto no es templo de bestias, esto es un cuadrilátero de niños municipales"; total, que los que le oyeron se hartaron de reir y de la casa grande le enviaron un rapapolvos en papel de oficio que le hizo guardar cama...

Viendo que Ramírez hablaba sin orden ni concierto y que después de hablar nada decía de lo que interesaba, el mocito le paró en su verborrea.

—Bien todo eso—dijo;—pero ¿y la razón de su despido?

—La exposición acaba, Pepe; luego conocerás el nudo, y más luego, que decimos ahora, el desenlace.

Armóse de paciencia y siguió recostado en la puerta de aquella taberna baja de techo, que al fondo, entre el denso humo de los cigarros y el griterío de los bebedores, parecía una sucursal del infierno.

—Sigo y me comprimo—añadió "Un kilo de oratoria";—cuanto te he expresao viene a cuento de exponer el antecedente de que el director, por no servir pa la expresión, me tenía desde hace tiempo un asquito bastante voluminoso por aquello de que un inferior no debía de lucir lo que él no lucía. Eso, la envidia y no otro pecado capital, ha sido la base, cimiento, matriz o si quieres el motivo de una lucha que acabó el jueves pasao a las dos de la tarde, minuto más minuto menos, con la marcha de mi persona a la del rey que dice el pueblo, o a la rúe que pronuncian los de allende de San Sebastián...

Paróse un momento el orador para escupir de nuevo.

—Este es principalmente el motivo de mi salida; pero, ¡ay!, que hay otro motivo que pudiéramos decir del corazón...

Sonriente miróle quien le oía.

—¿Del corazón? ¿De amores por si acaso?

—En todo drama, Pepillo, y hasta en todo juguete cómico hay una mujer, "la mujer" que dijo creo que Daoiz y Velarde...; sí—continuó emocionado y tembloroso,—una mujer que primero me volvió tarumba, luego me volvió la espalda por un puntillero de Vista Alegre, y ahora ha vuelto diciendo que aquello fué una ofuscación y que me quiere de verdá, aunque a primera vista parezca otra cosa.

Sin que Pepe lo pidiese, aunque si lo deseaba, Ramírez echó calle Mayor abajo.

Las torres del Ayuntamiento, recortadas sobre la negrura, eran un alarde de aristocracia entre la plebeyez de los edificios cercanos. Aquel rincón, donde la casa de Cisneros, no



obstante su reforma, habla de esbeltez y buen gusto, la torre de los Lujanes, que lo menos digno de ella es haber servido de prisión a un rey gachacho, y la estatua del marqués de Santa Cruz, formidable enemigo de la raza más inteligente que cruzó Hispania, es el remanso más bello de este Madrid que ha tenido muy grandes artistas, muy luminosos pensadores, patricios honorables y ningún corregidor digno de su grandeza; claro es, y el crítico lo reconoce, que de provincias vinieron buenos alcaldes, lo que indica que por acá no tenemos buena mano para sacar gente de ese género y valía.

Pepín, que advirtió en Ramírez un desaliento grande, le animó cariñoso:

—Siga, señor Isidro...; íbamos en que una mujer...

—¿Has dicho mujer? Arpía di mejor, que ella ha sido la causa de mi ruina. Me engañó, ¿has oído? Me engañó como antes otras cinco...; ¡no te rías! Yo colecciono malas hembras así como otros juntan sellos o huesos de albaricoque...

—¡El sino de la criatura!—exclamó el muchacho, que también se iba entristeciendo.

—Yo, claro, soy flojo de carácter y un poco arabesco, por aquello de que jamás he pegao a ninguna mujer ni con una rosa de pitiminí, y lo que era de cajón, me tomaba, mejor dicho, me tomaban a pitorreo ensucian-do mi decoro; pero las otras me dejaron en paz reconociéndose unas cerdas; pero ésta, sí, sí..., de día, de noche, pidiendo, exigiendo, suplicando; dando voces o vertiéndose toa por los ojos, se me pegaba a la puerta del colegio, no tanto pa pedirme una limosna de amor como pa sacar-me las pesetas...

—¡Gachó con la frescales!

—¡Dilo en superlativo: la refrescales! ¡No tienes ni idea...!

Respiró anchamente el hombre para luego decir:

—La primera vez la perdoné, ¡era tan apetitosa!; pero una noche que fuí al Gobierno con un oficio del señor secretario y al pasar por la calle que dicen del Sacramento, ¡mi madre!, la sinvergonzona con un gachó más chulo que un ocho duplicao, departía, y adjetivo decentemente, como en el segundo acto de una comedia, que si t'has fijao es cuando la cosa llega a lo álgido.

—¿Y qué hizo usté?

—La tontería de la era cristiana: ¡intervenir!

—¿Y qué pasó?

—En la Casa de Socorro, que pué que tengan el plano de los golpes, puede que te lo digan...

Aquella grotesca confesión hizo sonreír al pobre Pepín.

—Después de aquello, que me valió una rechifla de mis compañeros y superiores, lo lógico era, ¿verdad tú?, que la mala sujeta escapase de mi vista.

—Es lo natural.

—Pues por serlo, no lo fué; que a los pocos días volvió al colegio llorando y diciendo que había sido yo un animal por ponerme así, que el hombre que me golpeó era un primo que había llegao de Fuenlabrá, y que ella no tenía por qué avergonzarse ni delante del mismísimo obispo de Sión. Lo demás, ya lo sabes; unas discusiones con el director-jefe; un expediente que dice: por "flojo de carácter y pesao de palabra, queda cesante Isidro Ramírez, etc., etc....", y el piélagos por horizonte y una alcoba, en la calle del Peñón de Francia, por rincón nocturno...

—Y de ocupación, ¿qué me dice usté?

—Nada puedo decirte. Me buscaron para acomodador en el Chantecler; pero la verdad, la Chelito me torrefacta y me debilita; un compañero trabaja para meterme de ordenanza en una Sociedad de colocaciones, que no pasa de ser un saca cuartos a



quien pa colocarse va, y por último, el teniente alcalde de la Latina, que me aprecia desde chico, me está dando ánimos pa que escriba una cosa pa Novedades y haga cuplés pa una joven, que protege como autoridad edilicia.

—¿Y usted sabe de letra como pa escribir pa el teatro?

—Te diré; de ortografía, completamente pez; pero eso no tiene importancia, cantando o declamando no se notan las haches... Un señor conozco yo que le suspendieron en Correos, Hacienda, el Catastro, la Policía y el Monte de Piedad porque puso honradez sin hache, con dos erres y una de al rabo, y ahí le tienes siendo el proveedor de todas las estrellas más fúlgidas.

—Sin embargo...

—Ya sé que ese es un garbanzo negro... ¿No?, pues anota a lo dicho qué como la letra está a la altura de su ortografía se ha mercao una máquina de escribir, y con un solo dedo, el del corazón, demuestra que la tiene tan clara y limpia como el que más.

De otras cosas hablaron los hombres, y Pepín, que se ahogaba de pena, tan grotesco y ridículo vió a "Un kilo de oratoria", que apretó los dientes y nada dijo.

Verdaderamente hizo bien, que en contraste de dolor hay siempre egoísmo, y ocurre siempre que nadie cree que su desdicha sea menor que la del vecino, resultando, pues, tan improductiva la confesión como el pescar sin cebo o enamorar sin usar del tacto.

Cuando se despidieron, el cojo exclamador dijo así al muchacho:

—¡Que seas bueno y trabajador, que no pierdas nunca la fe en tu persona, y si tienes la desventura de enamorarte, hazlo de una mujer cabal y limpia de corazón!... ¡Húyete de las coquetas, que son como la polilla; escapa de las habladoras, que todo lo enmarañan; escóndete de las que siempre te sonrían, porque resultan las más tramposas, y sobre todo, hijo de mi alma, no hagas lo que yo hice respetándolas y respetando el dicho árabe de la flor; cómprate una garrota de las más fuertes, que si la que te toque es maligna te hará beneficio, y si es bondadosa, de leña servirá con que calentar el brasero, cerca del cual y con amor grande puedas bendecir la hora de haberos encontrao... Y nada más, que no quiero que te penses al dejarme que "Un kilo de oratoria"—y al decirlo se secó una lágrima—ha dicho más tonterías que palabras.

Hubo un silencio angustioso.

—¡Adiós!—terminó el pobre borracho.—¡Suerte, mozo! ¡No te dejes engatusar por *ella*; no permitas que el corazón venza al cerebelo!

Y llorando y dando tumbos escapó, camino de la Cuesta de la Vega.

Su voz, rota, un poco teatral, declamaba:

—¡Hay que elevar el pensamiento! ¡Hay que enterrar el sentimiento!

Las palabras apocalípticas fueron borradas por el paso raudo y escandalizador de un tranvía.

Un guardia urbano con cara de mandril miró con ridícula severidad al filósofo.

En el reloj del Palacio Real sonaron nueve campanadas.



## UN ARROZ EN AMANIEL

No hay bálsamo como el tiempo ni fuerza como la voluntad, y así, con ésta y aquél, "Bolita de añil" ya sin "uniforme" aunque con una larga blusa azul para el trabajo, ascendió de cosa doméstica a obrero, y de enamorado a hombre libre.

El desengaño que tuvo con Aurora le hizo parco y previsor y el tiempo que había de emplear en decir frases más o menos ardorosas a las mujeres, lo empleó en leer, fortaleciendo así su juicio, y en pasear a pleno campo, haciéndose más fuerte.

Con el señor Raimundo, el que quería más que nunca, iba los domingos a la Moncloa o a la Dehesa de la Villa, ya que Aurora, marchando con sus amigas y probablemente con Julián, le abandonaba.

Aunque el ciego supo al fin de las relaciones, que calificó de "chiquillería", no quiso Pepe que supiera, evitándole de este modo dolor, el nuevo noviazgo.

—Parece que es formalita la pequeña, ¿verdá?

"Bolita de añil" asentía y aun cuando su rostro mostraba tristeza, su voz era alegre.

—Ya gana lo suyo... Ya cobra cuarenta realitos por semana, que con los sesenta que me saco yo, vivimos bastante decentitamente...; claro—continuaba con pasión de buen padre—que la chica quiere una miaja de suelta, cosa que está en lo justo, ya que es joven y tié sangre...

Cuando de esto decía, procuraba Pepe desviar la conversación y recordándole su juventud dábale motivo a que despotricara a su antojo.

El día que cobró a tres pesetas diarias, convidó a un arroz en Amanuel a Lucía, Fernando y Pepe; su hija no acudió a la familiar merienda porque con la maestra, a la que no "estaba bien" despreciar, tuvo que ir a una becerrada en casa de "el Bonifa".

Fué una tarde feliz para el pobre ciego que, rodeado de buenos amigos, olvidóse de sus pasados dolores.

—¡Camarero! — gritó.— ¡Tráeme un pedazo de papel blanco pa embalar un muslo de esta pícara con espolones con porte pagao y a domicilio!

Y en el papel que le trajeran lió dos pedazos de gallina, o pollo, o lo que ello fuese, para su hija de su alma.

Pepe le escuchó entristecido y su hermana, a la que miró con fijeza, también.

Un organillo destrozaba, chillador y machaqueante, un trozo de zarzuela y en torno a él y al compás de la música, bailaban criadas y tenderos entre nubes de sucio polvo.

—¿Bailan a izquierdas?—preguntó el señor Raimundo a Pepe.

Y cuando éste le dijo que ni a izquierdas ni a derechas sino a saltos, sacó el hombre el cajón de los recuerdos y así dijo:

—Ya no hay ná de castizo ni de personal en mi pueblo; ya tó se ex-



tranjeriza y se olvida. ¡Mire usted que bailar como bailarían los monos si bailasen...! Mis días eran otros... ¡oh aquellos bailes! El de Jerte, al que era indispensable ir en camiseta y con alpargatas; el del Norte, cueva que podríamos llamar la Universidad de lo chulo; el de la casa del crimen de la calle de Fuencarral que en lo alto era Café y en el sótano se giraba a "zocas" pero que con arreglo al canon...

Exaltábase el pobre sillero al recordar los rincones de su ya muy lejana juventud y ante la cara risueña de sus oyentes continuaba:

—Aquello, créemelo a mí, era Madrid y no lo de ahora que igual pué ser Inglaterra, que Egipto, que la Manchuria... ¿Pues, y las mujeres? Delgás como flautas y sin aquel peinao de filigrana, ni aquel mantón, capa torera con flecos al que ha desterrao esa funda de violín que llaman gabán, ¿y de andares, que no eran otra cosa que el compás que obedecía a la caja de música que toas llevaban en el corazón? Ahora son tal que soldados con el un, dos, tres o peor entodavía, que parecen mozos de esos que llevan los pianos como ataúces...

—¡Los tiempos cambian!—dijo Fernando por oírle.

—Pa progresar, bueno; pero pa venirse a los tiempos que los hombres y las bestias eran tal pa cual, nanaí... ¡oh, mis días! Entonces la gente era seriecita y honrá y los amores, pongo por caso, eran más puros que la flor de la canela; ahora...

Calló el hombre para continuar así:

—¿Ir una mocita con el novio por esas encrucijás de maldito sea el mal alumbrao? ¡Nunca...! En la puertecita de los portales se quitaba la pluma a la esposa del pavo, y no hoy que pa eso se busca lo más oculto... Y no digamos de formalidades, que eso s'ha puesto más caro que el oro fino. ¿Cuándo se vió en mi barrio, que es el vuestro, que un ciudadano que entretení ya quince años a una moza la

deje plantá el día de la epístola na más que porque decía él que no había tenido tiempo de pensar la cosa?

—¿Pero ha, pasao eso?

—En dos casas más abajo de la en que tenéis un servidor.

Llenó Fernando los vasos que a poco quedaron vacíos, y Pepín, sin poder contenerse habló:

—Si que es de poca formalidá hacer eso...

—¡Claro!—dijo Lucía mirando a su futuro.

—Pero tampoco se recomienda, por lo decente, el que un hombre ponga tó el corazón en una mujer y que ella lo coja y lo tire a la calle como si fuese talmente un papel sucio.

—Claro que es igual, y claro es que eso merece condenarse como lo otro...

A una mirada suplicante de su hermana calló "Bolita de añil" dejando que continuara el ciego.

—No hay que darle vuelta, amigos del arroz y del alma; la vida prospera, pero la gente recula y se hace cá día peor, ¿y por qué? por falta de pudor y de decencia y de civismo. A más progreso, más informalidad y a más sed... más vino...

Comprendida la alusión por Fernando pidió al camarero que trajese otra botella, que se vacío a poco.

—Total, y como postre de los postres, que ahora la mujer, y perdona Lucía, vale menos que nuestras mujeres, que lo castizo ha pasao a la esquila funeraria y que de aquí a cien años igual serán las que hayan nacido en Cuenca que en California y que el organillo será prohistoria y yo un fiambre que en el cielo dará lección de "chotís" a los angelitos que lo paguen bien.

—¿Pero es que en el cielo hay un huequecito pa lo de por acá?

—¿Cómo? ¿Pa lo de Madrid? Natural, hombre. ¿Cómo puedes comprender la gloria, sin madrileñas?

—No, eso no, pero...

—Pero, ¿qué?



—¿Hay localidá pa los madrileños también?

—La super y en la portería. Los mejores jugadores de mús son los de nuestro distrito, ¿no? y como San Pedro se perece por las diez de últimas, ¡cálculate!

Rieron a coro los oidores.

Más dijo Raimundo durante la comida, al final de ella, y cuando despacito y ya anochecido, fueron en busca del tranvía.

Llegados a la Puerta del Sol quiso Fernando convidar a un café en el Oriental, y luego de tomado habló, mirando a Lucía, que colorada le miraba, y a Pepe que no acertó a comprender aquello.

—He dejao, mejor dicho, hemos dejao Luci y yo la "cosa" para el postre, porque así lo ha querido ella.

Todos fueron oídos.

—El domingo que viene, día dos de Mayo...

—¡Olé por Malasaña!— interrumpió el ciego.

—Esta y yo que nos queremos a más que rabiár, seremos nombrados por un cura desde un púlpito, y como queremos que nuestra alegría repercuta, hemos acordado obsequiar a usted y a su hija, si no tié becerrada u otro festejo cualesquiera...

Raimundo rió, Pepe púsose serio y Fernando dijo así:

—... a un arroz similar al de hoy, pero de noche y en casita. ¿Hace?

La mano grande y recia del padre de Aurora, estrechó la de los novios.

—Que sea para bien, aunque no sea sólo por lo civil...

Todos se rieron.

A la salida Lucía dijo a su hermano:

—No ha habido más remedio. ¿Cómo se iba a convidar al padre solo?

Pepe se encogió de hombros.

A aquella hora la novia de "el Marquesito" bailaba con él en un subterráneo que llaman "La Gruta" y que sita en la Plaza del Carmen es la sucursal de muchas casas de pecado.

## ERA DE ESPERAR

—¡Ya no hay patriotismo!

—¡Ni decencia ciudadana!

—¡Ni amor a los héroes...!

Quienes tales cosas decían eran dos viejos milicianos, zapatero el uno y broncista el otro, que desde la tarde anterior, prisioneros del feo uniforme y bajo el peso, nada grato, de un par de morriones bastante viejos, cuidaban el monumento que en el Prado se levanta como recuerdo glorioso de aquellos sencillos paisanos que dieron

su vida por defender el trono de Fernando VII, el que a poco trajo cien mil hijos de San Luis para afianzar su absolutismo.

Claro es que aquellos buenos madrileños, amantes de la libertad y de la tradición no comprendían, viendo el monumento casi vacío de fieles, que el tiempo todo lo borra y que pensando, pensando llegan a comprenderse cosas tal que la inutilidad de muchos esfuerzos.



Entre las cincuenta personas, escasas, que acudieron aquella clara y perfumada mañana a oír la misa del *Dos de Mayo* encontrábanse Lucía, Fernando y el bueno de "Bolita".

No acudieron ciertamente, pues nunca lo habían hecho, por patriotería, es que siendo la primera amonestación, al Retiro se encaminaron y, claro, al cruzar por el sitio que inmortalizó Goya y cuidan los milicianos un día cada trescientos sesenta y cinco, quedáronse a ver, ya que no a oír, la misa que entre bayonetas se estaba diciendo.

Y no pasó más...

Calle arriba marcharon; en el Parque se introdujeron, en la casa de vacas tomaron un muy liviano desayuno y hasta las once que la banda municipal comenzó su concierto, un concierto de circunstancias con el pasodoble de Cádiz, la jota aragonesa y la Canción del Soldado, estuvieron junto al embarcadero viendo, hasta aburrirse, a los intrépidos navegantes que lo surcaban, después en la casa de fieras, donde el aburrimiento fué mayor, y de nuevo a la casa de vacas en la que rendidos, volvieron a tragar otras cosas no menos ligeras que el desayuno de marras.

Al fin aspados de cansancio, sol y polvo, volvieron a Madrid encontrándose con "Carretilla" que cada vez más débil dijo a Pepe:

—Ya sabrás lo de Julián, ¿no? Pues que ha "birlao" una ficha de quinientas "beatas"; la hucha de la propia colectiva y lo que es peor, una falsificación en una papeleta de empeño... ¡La mar! Por una sortija le dieron 1.100 pesetas y el muy granuja, pa quitarle veinte duros al señor, con el segundo uno fabricó un cero... ¿Pa qué? La poli le busca desde anoche y en cuanti le encuentre... ¡calcula!

Tristeza más que otro sentimiento prodújole la noticia a Pepín, que no sabiendo cómo matar la tarde de aquel domingo, se metió en Apolo a gozar

la letra y música de este modelo de zarzuelas cómicas que se llama "El rey que rabió..."

Como advirtiera, al terminar el "Coro de doctores" que eran las ocho dadas, dejó el Coliseo, y con rápido andar fué hasta su vivienda.

La calle Mayor, silenciosa como la de un pueblo, era llenada de vez en vez por el zumbir de un tranvía monstruo amarillento de mirar cegador. En la calle de Luzón, un alabardero de luengo y blanco capote semejante a un fantasma, le salió al paso, y por la travesía llegó a la casa y minutos después, al piso.

Un presentimiento hízole escuchar antes de poner el dedo en el botón del timbre. Dentro, hablaba su hermana, el novio, y de cuando en cuando, oíase la voz recia y clara del señor Raimundo.

Como en la calle de Segovia el día de su liberación, tembló Pepín.

—¡Pues sí que tardan!—dijo Lucía.

—¡Pronto serán las nueve!

¿Tardan? Luego faltaba también ella.

Temeroso de oír algo más desagradable, pero sujeto por la curiosidad quedó el muchacho junto a la entrada.

—... y no puedo echar el arroz. ¡Se pasaría sin medir el tiempo!

—Ella—escuchó de boca del hombre—ya debiera de estar con nosotros. ¡A las ocho y media que estés allí! la he dicho, pero "predicame padre que por un oído me entra y por otro me sale"...!

—Puede que haya ido a algún teatro, y como ahora es la hora de salir...

Quien así habló fué Fernando que piadoso mentía.

El reloj del Ayuntamiento dió nueve campanadas que cayeron como golpes de maza sobre el corazón del mozo.

—¿Pero dónde estará esa chica?—oyó decir al ciego.

Un impulso de piedad, de dolor, de



angustia y recelo, hízole huir escaleras abajo.

—Pero... ¿adónde ir a buscarla? ¿Cómo dar con ella?

Y en tropel arrollador entraron en su cerebro los recuerdos pasados, las sospechas presentes; las noticias alarmantes y desconsoladoras que de su ex novia tenía, y las tan lamentables como condenables de aquel “Marquesito”, víctima del Círculo Madrileño; alma perdida para el bien por culpa de un mal, vestido de etiqueta; y así pensando y sintiendo así, recordó lo que un compañero le dijera del baile de “La Gruta”, y casi corriendo, atravesando excusadas rúas, fué hasta la vieja Plaza del Carmen.

De un lado, el paredón del juego de pelota, alto y recio como una fortaleza; de otro, la trasera de la iglesia de San Luis, y en el centro, con su olor a puerto sucio, a marisma pestilente, los cajones de los vendedores de pescado.

Como boca de horno, abríase la bajada al baile con su pina escalera que hacía doble un espejo colocado en un muro. De lo hondo subían, amortiguadas y confusas, notas de organillo, risas de escándalo y frases chilladas de mujer.

Pepín descendió. Tuvo que pagar la entrada y ya en el baile se dispuso a buscar a la hija del señor Raimundo, pero Aurora no estaba allí...

Descorazonado iba a salir del salón cuando “Somiers”, que no obstante ser baja por enfermo, a danzar acudía, atropelladamente le saludó y dijo:

—Pero... ¿tú aquí, Pepe? A buscarla, ¿verdad?—a una afirmación de cabeza añadió Ignacio.—Pues ha volao y llorando como una Madalena; no me creo que el Julián l'haya dao motivo irreparable pa ello, pero la cosa... ¿No sabes? ¡Está preso! Aquí no hace ni tan siquiera una hora que le han cazao los de la poli...

Todo lo supo el muchacho y al saberlo tembló.

Al ser detenido, le dijeron, Aurora había salido con otras amigas tras él, no sabían si hasta el Juzgado o solamente hasta la esquina de la calle de la Montera, donde un grupo de gente hizo escolta al detenido.

No quiso saber más el pobre enamorado; y de dos saltos fué a la calle, montó en un coche que le llevó hasta la casa de Canónigos; pero allí no le dieron razón de ella, de él sí, que en un calabozo estaba aguardando a que el juez le llamase para declarar.

¿Qué hacer? Titubeó Pepe un momento y defraudado, ordenó al cochero que le llevara a casa.

Dando barquinazos en los millones de baches que “sufre” Madrid, llegaba “Bolita” a la Plaza del Biombo cuando al cruzar por frente a la iglesia de Santiago, golpeó nervioso en el cristal delantero:

—¡Para!—dijo al auriga; satisfizo una hora de viaje y tartamudeando gritó:

—¡Aurora! ¡Aurora!

La figura de una mujer que caminaba por la sombra se detuvo, y el muchacho se acercó a ella.

—Pero... ¿eres tú, Pepe?

—Yo soy que vengo de buscarte.

Lloró la misera.

El joven no se atrevió a hablar temeroso de que las lágrimas ahogaran su decir...

Pero ella preguntó:

—Y... ¿dónde me has buscao?

—En “La Gruta”.

—Sabes entonces... que...

Sí, dijo la cabeza, y otra vez el gemir fué eco triste que rodó por la silenciosa y oscura plaza.

—¿Qué mala soy! ¡qué loca soy! iba diciendo la muchacha; pero “Bolita de añil” nada replicó entonces.

Las diez sonaron en el reloj de la Casa de la Villa cuando llegaban al piso.

—Sécate los ojos—ordenó Pepe... y di... ¿qué vamos a decir? ¡es tan tar-



de!... Diremos, si te parece... que nos hemos encontrado tus amigas y yo... en el Retiro y que os he convidao y que... por... eso...

Con un mirar de agradecimiento pagó Aurora la proposición de Pepín.

Ya dentro de la casa se explicó todo y el arroz fué echado.

Luci reía gozosa, Fernando, que no cesaba de mirarla, reía también, y el señor Raimundo un poco alegre por haber libado más de la cuenta de un botellín, mediado ya, de vermut, canturreaba entre dientes y decía:

—¡ Viva la paz y el cariño de los ciudadanos honraos!...

Serios, con la cabeza baja escuchaba Pepín y lloraba Aurora.

Y en un instante que los novios emplearon en ir a la cocina por si se "pegaba el arroz", el ciego llenó un vaso, lo llevó a la altura de su boca y tras olerlo, dijo así:

—¡ Por la felicidad de todos y porque mi hijita del alma nos dé pronto un día grande!

Del pecho de la desconsolada salió un ahogado sollozo. De los ojos de "Bolita de añil" dos gruesas lágrimas.

De la cocina, con escolta de risas y gritos de satisfacción, salió Luci conduciendo una honda cazuela.

—¡ A la mesa! ¡ a la mesa! —gritó ajena a todo, menos a su dicha.—¡ El arroz está en su punto!

*Fernando Mora*

---

---

En el próximo número se publicará la comedia en cinco actos

# RENACIMIENTO

ORIGINAL DE

## Juan de Macías y del Real

Imp. de ALREDEDOR DEL MUNDO, Martín de los Heros, 65.

Ayuntamiento de Madrid



## SERVICIOS DE LA COMPAÑIA TRASATLANTICA

### Línea de Cuba-Méjico.

Saliendo de Bilbao, de Santander, de Gijón y de Coruña, para Habana y Veracruz. Salidas de Veracruz y de Habana para Coruña, Gijón y Santander.

### Línea de Buenos Aires.

Saliendo de Barcelona, de Málaga y de Cádiz, para Santa Cruz de Tenerife, Montevideo y Buenos Aires; emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires y Montevideo.

### Línea de New-York, Cuba-Méjico.

Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Málaga y de Cádiz, para New York, Habana y Veracruz. Regreso de Veracruz y de Habana con escala en New York.

### Línea de Venezuela-Colombia.

Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Málaga y de Cádiz, para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma, Puerto Rico y Habana. Salidas de Colón para Sabanilla, Curacao, Puerto Cabello, La Guayra, Puerto Rico, Canarias, Cádiz y Barcelona.

### Línea de Fernando Póo.

Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Alicante, de Cádiz, para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma y puertos de la costa occidental de Africa.

Regreso de Fernando Póo haciendo las escalas de Canarias y de la Península indicadas en el viaje de ida.

### Línea Brasil-Plata.

Saliendo de Bilbao, Santander, Gijón, Coruña y Vigo, para Río Janeiro, Montevideo y Buenos Aires; emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires para Montevideo, Santos, Río Janeiro, Canarias, Vigo, Coruña, Gijón, Santander y Bilbao.

Además de los indicados servicios la Compañía Trasatlántica tiene establecidos los especiales de los puertos del Mediterráneo a New York, puertos Cantábrico a New York y la Línea de Barcelona a Filipinas, cuyas salidas no son fijas y se anunciarán oportunamente en cada viaje.

Estos vapores admiten carga en las condiciones más favorables y pasajeros, a quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Todos los vapores tienen Telegrafía sin hilos.

También se admite carga y se expiden pasajes para todos los puertos del mundo, servidos por líneas regulares.

LAS FECHAS DE SALIDA SE ANUNCIARAN CON LA DEBIDA  
OPORTUNIDAD





## PECHOS

Desarrolle, belleza y en-  
carnamiento en dos meses, con

**PILDORAS**

**CIRCASIANAS**, Doctor Brún.

¡27 años de éxito mundial es el mejor reclamo! 6 pías.  
frasco. MADRID, Gayoso, E. Durán, Pérez Martín;  
ZARAGOZA, Jordán; VALENCIA, Cuesta;  
MURCIA, Seiquer; ALICANTE, Aznar; SE-  
VILLA, Espinar; SAN SEBASTIAN, Tornero;  
VIGO, Sadaba; SANTANDER, Sotorrio; MA-  
LLORCA, "Centro Farmacéutico"; VALLADO-  
LID, Llano; BILBAO, Barandiarán. Mandados

650 pesetas sellos a Pousarxer, Marqués Duero, 54, Barcelona, remi-  
tense reservadamente certificado. Muestra gratis para con-  
vencimiento del éxito. Descuadra de las imitaciones.

## DOLOR REUMÁ- TICO

Nada como milagroso ACEI-  
TE DE BOMBAY, de fama  
mundial. 69 años de exce-  
lentes resultados.

¡OJO CON MEDICAMENTOS IN-  
TERNOS QUE FATIGAN ESTÓ-  
MAGO O DAÑAN RIÑÓN! 5 pese-  
tas frasco. Madrid, Gayoso y bu-  
nas farmacias. Remítense contra  
pts. 6. Representante: Pousarxer,  
Apartado 481. Barcelona.

## Fábrica de corbatas

Camisas, guantes - - -

- - - géneros de punto.

Elegancia, surtido y economía.

Precio fijo. 12, CAPELLANES, 12. Precio fijo

## ALREDEDOR DEL MUNDO

tiene un centro establecido en  
el «kiosco Colón», Plaza de Ca-  
stilla, frente al Paseo de : :  
Gracia

## Aceites y grasas

:- lubricantes :-

*Insuperable  
para  
el engrase  
de  
los autos*

SUCESORES DE

**E. Steinfeldt**

## OLEO-MOTOR



*Correas  
de  
transmisión  
y algodones  
para  
máquinas*

Calle del Prado, núm. 15  
Teléfono 984  
**MADRID**

DEBILIDAD. NEURASTENIA  
CONSUMCION, CLOROSIS  
CONVALENCIA

# ANEMIA

VINO  
Y JARABE  
Hémoglobine  
**Deschiens**

Todos los Médicos proclaman que este Hierro vital de  
la Sangre CURA SIEMPRE. Es muy superior a la carne  
cruda, a los ferruginosos, etc. Da salud, fuerza. — PARIS

La dirección de es-  
te periódico advier-  
te a los colaborado-  
res espontáneos que  
no se devuelven los  
originales ni se man-  
tiene corresponden-  
cia acerca de ellos.



# DICCIONARIO ENCICLOPEDICO ILUSTRADO

Publicado bajo la dirección de José Alemany  
DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

o o o o o

Este Diccionario, lujosamente encuadernado,  
contiene:

: 2.700 páginas :	⊙	6.000 grabados
90.000 artículos	⊙	: : 77 mapas : :
: : : : 14 primorosas cromotipias : : : :		

**Precio: 15 pesetas.**

o o o o o

Antes de comprar ningún Diccionario examine  
usted en cualquier librería esta nueva publica-  
ción de Alemany, que acaba de editar la Casa  
Editorial SOPENA

Mediante el envío de 15 pesetas, remitiremos a  
usted por correo este novísimo Diccionario Enci-  
clopédico Ilustrado.

**Diríjase usted a RAMON SOPENA**

Provenza, 95.—BARCELONA